

**Manuel A. Vázquez Medel
Ángel Acosta
(Eds.)**

LA SEMIÓTICA ACTUAL

**APORTACIONES DEL VI SIMPOSIO
INTERNACIONAL DE LA ASOCIACIÓN
ANDALUZA DE SEMIÓTICA**



MANUEL A. VÁZQUEZ MEDEL
ÁNGEL ACOSTA
(Eds.)

LA SEMIÓTICA ACTUAL

APORTACIONES DEL VI SIMPOSIO
INTERNACIONAL DE LA ASOCIACIÓN
ANDALUZA DE SEMIÓTICA

(Sevilla, 28-31 de octubre de 1996)



ediciones
ALFAR

Sevilla, 2001

SABER LITERARIO E HISTORIA:

Algunas cuestiones de principio a la luz de la discusión actual acerca de los modelos objetivistas históricos

Antonio Chicharro Chamorro

Universidad de Granada

Para Manuel Ángel Vázquez Medel, en agradecimiento a lo mucho que ha puesto a fondo perdido en beneficio de la Asociación Andaluza de Semiótica y de la cultura en que nuestra asociación se sustenta.

A la hora de plantearnos inicialmente algunas cuestiones de principio relativas al problema del saber literario y de la historia en tanto que asunto teórico, instrumento de conocimiento e institución social —la académica disciplina histórica que sustenta—, no podemos dejar de lado que, en la práctica, «pisamos» dos siglos de historia, quiero decir, dos siglos de conciencia del conocimiento de la historia (la palabra *historia*, con sus ocho acepciones en el DRAE, nos avisa de la necesidad de definirnos continuamente, pues, según tanto Maravall (1967) como Le Goff (1991), podemos entender por la misma la serie de hechos acontecidos, la realidad del pasado, la noticia de esos hechos o la ciencia que los estudia). Es más, disponemos hoy día, por lo que respecta sobre todo a la conciencia del conocimiento de la historia literaria y, bastante menos, a la conciencia del conocimiento de la historia de la teoría y crítica literarias, de cierta cantidad y, en algunos casos, calidad de resultados, de los que no cabe hablar en esta ocasión.

En nuestro «subsuelo», esto es, en nuestra conciencia actuante del pasado cognoscitivo que construyó la disciplina/institución de la historia, según la zona donde nos encontremos situados —siempre estamos en un «lugar» o encrucijada—, se estratifican los eruditos acarreo acumulativos de información, privados de criterios netamente históricos, que alimentaron el río de la historia externa, las perspectivas genéticas herderianas y, emergiendo por aquí y allá, la ordenación de base hegeliana del “material” histórico. También contamos, con un recio estrato formado por el materialismo histórico, sometido a cambios internos y a erosiones y procesos de disolución de ciertos agentes deshistorizadores, y otras capas de distinta solidez, proyección y coherencia cognoscitivas.

El hecho de que me venga ocupando de señalar mi compartida convicción teórica en la radical historicidad de toda práctica humana, de que persiga, por

complejo, un conocimiento o comprensión –no debe entenderse el sentido de comprensión como una renovación subjetiva de experiencias pasadas (v. Fokkema e Ibsch, 198: 204)– de raíz y proyección históricas, me exige en esta ocasión de volver sobre lo andado o al menos de recorrer todo el camino. Sólo quiero recordar algunas afirmaciones de principio que cumplan una función deíctica o señaladora de esa encrucijada desde la que todo individuo finalmente cree hablar, habla o discursivamente es hablado. Pues bien, en lo que respecta al lenguaje primero, el conjunto de las prácticas y hechos literarios, nuestra a simple vista primera razón de ser disciplinar, y por lo que respecta al reconocimiento de su especificidad artística, podemos decir una vez más que tales prácticas y hechos literarios son históricos, es decir, su espacio no es transhistórico ni permanente o eterno. Con esta afirmación de principio, dejo de lado la habitual concepción esencialista que está presente *naturalmente* en el mayor número de teorías literarias y en la historia de las mismas.

Afirmar, pues, que el hecho literario es una práctica estética supone el inicial y básico reconocimiento tanto de la existencia de un excedente social que hace posible dicha práctica en determinadas sociedades o formaciones sociales, al no satisfacer la mismas necesidades sociales primarias, como el reconocimiento de una ideología que hace posible su producción (Matamoro, 1980: 59). Así pues, el hecho de que aceptemos que la literatura es una actividad artística, inútil a simple vista, no debe hacernos suponer que por ser tal está por encima de la historia; así como tampoco debe hacernos suponer que tal inutilidad y gratuidad aparentes lo son en realidad, ya que toda obra de arte vive sobre la materialidad de una mercancía, es decir, que integra útilmente el mercado de producción, consumo y circulación y está destinada a ser producción y reproducción ideológicas, ideológico-estéticas, teniendo lugar sólo en aquellas sociedades que han alcanzado complejidad económica y por tanto complejidad de relaciones sociales y de representaciones de dichas relaciones (*ibidem*: 60). La gratuidad de toda obra, como dejé escrito en cierta ocasión (Chicharro, 1987: *passim*), tiene un “precio histórico”.

Estas prácticas, pues, así entendidas, tienen un comienzo histórico, tal como han sabido ver desde diferentes “soluciones” teóricas de vocación materialista, J.C. Rodríguez (1974) y S.J. Schmidt (1980). El primero, con provocadora eficacia y pragmatismo teóricos, lo dejaba escrito ya desde el primer renglón de su *Teoría e historia de la producción ideológica*: las primeras literaturas burguesas en los siguientes términos: “la literatura no ha existido siempre. Los discursos a los que hoy aplicamos el nombre de “literarios” constituyen una realidad histórica que sólo ha podido surgir a partir de una serie de condiciones –asimismo históricas– muy estrictas: las condiciones derivadas del nivel ideológico característico de las formaciones sociales “modernas” o “burguesas” en sentido general” (Rodríguez, 1974: 5). El segundo, en sus *Fundamentos de la ciencia empírica de la literatura*, al tratar del

ámbito de aplicación de la teoría de las acciones comunicativas estéticas, afirma lo siguiente: “una teoría de las acciones comunicativas estéticas solamente puede referirse a aquellas épocas históricas en las que exista algo así como un ámbito social “cultura” delimitable o delimitado y dentro de él, un sistema constitutivo “arte”. Cuando los buenos conocedores del desarrollo histórico (...), defienden la opinión de que no se puede hablar de esto, por ejemplo, en la Edad Media, se debe deducir como conclusión que sería harto problemático postular para este período de tiempo un sistema de acciones comunicativas “arte”. Para el ámbito de la “comunicación literaria” –continúa afirmando– se puede partir del hecho de que en Alemania tan sólo hacia finales del siglo XVIII se fue diferenciando socialmente un sistema social “literatura” independiente (Schmidt, 1980: 125-126).

Esta comprensión histórica radical de toda práctica humana alcanza inevitablemente no sólo al lenguaje primero, sino también al discurso crítico que lo dobla o que lo habla o que lo interpreta y explica o que lo valora y comprende, interviniendo sobre él o con él o sin él, con el hueco que deja su ocultamiento, socialmente, práctica histórica ésta que, considerada originariamente en sus aspectos sustantivos –el ejercicio de la razón crítica–, tendrá múltiples consecuencias cognoscitivas y disciplinares. Pues bien, estas prácticas discursivas, como tuve ocasión de exponer (Chicharro, 1987: 28-32), se configuran históricamente a lo largo del siglo XVIII como consecuencia de cambios cualitativos en el funcionamiento de ciertas formaciones sociales de este momento: imposición del modo de producción capitalista frente al antiguo régimen, imposición de la razón crítica frente a la fe del sacralizado mundo feudal, proceso de imposición de la idea de sujeto libre frente a la de siervo/noble del jerarquizado mundo feudal, con sus racionales consecuencias en el campo del conocimiento y de la creación artística, en el dominio productivo de la naturaleza, en la construcción de mercados y de público, también la creación del público literario que, para ello, recibe en su lengua vernácula los primeros frutos del ejercicio de la crítica literaria, etc.

Estaban creadas las condiciones para que se quebrara la ideología de la primacía de las reglas, se rompiera toda esa idea de unidad y estatismo humanos y, en consecuencia, la idea de estatismo literario. Se habían creado las condiciones para que se *mirara* históricamente sobre la realidad. A este respecto, resulta innecesario insistir en la importancia de las reflexiones y argumentaciones efectuadas en este sentido por nombres como los de Vico, Herder, Schiller, A. W. Schlegel, Madame de Staël, Hegel, Taine y Lanson, entre otros, de las que me ocupé en un artículo (Chicharro, 1994). Dicha mirada histórica sobre la realidad va fecundando, conforme se asienta el modo de producción capitalista en ciertas sociedades, la creencia de que el hombre es el protagonista absoluto de la historia, lo que conduce a la investigación de las leyes científicas que rigen la sociedad humana. Se está fra-

guando el horizonte positivista, las disciplinas históricas y sociológicas y su idea de la concepción evolucionista de la temporalidad humana. Comienza a operarse, pues, con otros dogmas como el del indefinido progreso humano y a trazar la "objetiva" historia documental-positivista de las huellas de ese progreso en todos sus órdenes, también en el literario.

Pero no sólo se está fraguando esta ideología sino también la posibilidad de su negación con alternativas ideológicas y teorías radicales sobre el funcionamiento de las sociedades, sobre el funcionamiento de la historia: el materialismo histórico cuyas consecuencias políticas, teóricas e historiográficas, con el impulso dado a la historia económica y a la historia social, se dejarán notar con fuerza a lo largo del siglo que ahora acaba, dando firmeza a ese suelo metafórico que nos viene soportando a lo largo de estas páginas, aunque en los últimos años se esté viviendo una discusión acerca de esa firmeza que ha sido relativizada. En cualquier caso, las aportaciones que desde esta perspectiva se han hecho posibles con vistas al estudio de los grupos sociales, de sus interrelaciones y de sus funciones en los procesos económico-culturales han resultado decisivas para los individuos que han desarrollado su vida o la continúan desarrollando a lo largo y ancho de este convulso siglo XX.

De cualquier manera, esos logros no han impedido la discusión actual acerca de la posibilidad del conocimiento objetivo que afecta a las disciplinas históricas y, en general, a las ciencias humanas. El racionalismo crítico popperiano ya se hizo notar con su rechazo del determinismo histórico, aunque éste rechaza también la pura crónica de hechos sin relación. Con nombrar, por otra parte, las reflexiones hermenéuticas de Gadamer, Habermas, Ricoeur, Apel, etc., comprenderemos la dirección del debate anticientifista. Pues bien, a este respecto no cabe hablar siquiera de la objetividad empírico-positivista, pues tales planteamientos quedaron periclitados frente al avance de otras teorías, aunque dejaran la herencia de la erudición. La discusión, que no está agotada, se ha centrado también en la autopresentada "ciencia de la historia" que representa el materialismo histórico. El debate afecta a la posibilidad misma del conocimiento del pasado y, mucho más, a la idea de la historia como un saber con aspiraciones científicas sobre la sociedad entendida como totalidad guiada por algún principio vector de carácter universal como la libertad, la lucha de clases, etc., —la literariedad, lo estético sería en nuestro caso— según razona Santos Juliá. No olvidemos a este respecto la iluminadora afirmación althusseriana relativa a que la historia es un proceso sin "Sujeto ni Fin(es)" —con mayúsculas, repárese—, accionada, eso sí, por el *motor* de la lucha de clases (Althusser, 1973: 81). Asimismo, no parece sustentarse ya la concepción unitaria de la humanidad, una humanidad de barniz eurocéntrico, ni tampoco la idea de un fin de la historia como reino de la libertad o fin de la explotación o triunfo de la razón. Son tiempos de relativización y de coexistencia de perspectivas que se cruzan (Juliá, 1993).

Pero una fundamentada discusión teórica de tal calibre no tiene por qué traducirse en todos los casos en pesimismo cognoscitivo, máxime si tal discusión se plantea en términos constructivamente materialistas. Todo saber, y éste es vario (v. Chicharro, 1987), se alimenta del “error”, toda teoría por ser tal tiene una fecha de caducidad, llegando a diluirse en/frente a nuevas y complejas teorías, situaciones teóricas en conflicto, desapareciendo con su propio objeto de conocimiento y dejando sólo el rastro de su memoria histórica. No hay por qué llegar a una situación de esterilidad, pues tal discusión puede fecundar análisis multicasuales de determinadas realidades, sin abandonar ciertas estrategias teóricas ni la perspectiva de la historia social convenientemente utilizada, abriendo el dominio de estudio a los espacios de determinadas relaciones con otras prácticas y dominios discursivos, atendiendo en cualquier caso al análisis concreto de *la realidad concreta, una vieja* manera leninista de proceder que, revisada oportunamente, es una nueva lección materialista para los tiempos que vivimos. Si no existe “la” historia como aquella científica totalidad disciplinar, existen las actividades cognitivas parciales. Este sería el “no-lugar” de la historia entendida en el habitual sentido disciplinar, conceptualización que tomo prestada del análisis al que Jenaro Talens (1994: 141-142) somete la teoría de la literatura en relación con la era de los lenguajes electrónicos en que vivimos –cultura e infraestructura técnica *confundidos* en el proceso semiótico– llegando a la siguiente conclusión operativa en absoluto pesimista: “El anunciado “fin de la teoría”, que Michaels y Knapp exponían como predecible, dado el supuesto apoliticismo generado por la deconstrucción, puede ser leído, por ello, en sentido contrario: el fin de la teoría como explicación “general” para dar paso a un conglomerado de teoría(s) de la(s) literatura(s) que tome en consideración el carácter inestable de su objeto y la dependencia que éste tiene de su concreta inscripción en una tradición cultural determinada (...) En cualquier caso, este desplazamiento, paradójicamente, otorga a la disciplina de la teoría de la literatura –en el sentido múltiple y plural del término– un lugar privilegiado para la reflexión sobre el mundo contemporáneo” (Talens, 1994: 141). Puede que ésta sea una realista y pragmática lección teórica para los tiempos que nos han tocado vivir. Si no podemos hacer “la” historia, hagamos “proyectos de historias”.

Así, si no es posible una disciplina histórica en los términos que han quedado expuestos, tampoco parece posible consecuentemente que la historia, como aquella totalidad se deje reducir a ciencia, tal como plantea con agudeza M. Cruz (1981: 111), para quien la historia no cabe en la ciencia porque es un referente ontológico excesivo, siendo necesario definir una jerarquía mediante la indicación del constituyente último de dicha realidad, sin que ello suponga vuelta a esencialismo alguno, conjurando de esta manera cierta actitud presocrática –para Tales, todo era agua; la esencia de la *physis*

o naturaleza para Heráclito, fuego— que llegó a calar la ciencia social, para la que todo acto, institución o relación social era fundamentalmente económico, lo que no dejó de ser operativo en un principio. Para Cruz, en consecuencia, la historia es también un proceso sin sujeto, como la naturaleza, por lo que no cabe seguir hablando de *una* ciencia de la historia de la misma manera que no existe una sola ciencia de la naturaleza. Este razonamiento puede servir para arropar una disciplina histórica acerca del saber literario, dotada con el mejor instrumental, incluido el de la historia social, que se ocupe de especificar determinada esfera de la realidad, la realidad de los estudios literarios, una clase de práctica ideológico-teórica producida en diversas sociedades. La especificación de una clase de hechos, operando mediante cortes o instancias sobre lo real histórico, estableciendo jerarquías e interrelaciones con otras clases de hechos culturales y sociales, etc., esto es, intertextualmente, el abandono de todo holismo teórico en beneficio de un empleo de la idea de totalidad en sentido gnoseológico, esto es, como idea reguladora de la interpretación con objeto de mejorar nuestra comprensión (Cruz, 1991: 111-112), una meta o ideal, no tiene por qué rebajar ni un grado la concepción de la radical historicidad de esa clase de hechos, ni hacernos despreciar la *calidad* del conocimiento histórico, pues, por llevar el agua a nuestro molino, no puede haber estudios literarios sin el conocimiento de su historia como no puede haber historia sin el conocimiento de los estudios literarios.

Referencias

- ALTHUSSER, L.
 (1973) *Para una crítica de la práctica teórica. Respuesta a John Lewis*, Madrid, Siglo XI, 1974, 2ª ed.
- CHICHARRO CHAMORRO, A.
 (1987) *Literatura y saber*, Sevilla, Alfar.
 (1994) “Teoría de la crítica sociológica”, en AULLÓN DE HARO, P. (ed.) (1994), *Teoría de la crítica literaria*, Madrid, Trotta, pp. 387-453.
- CRUZ, M.
 (1991) *Filosofía de la historia (El debate sobre el historicismo y otros problemas mayores)*, Barcelona, Paidós.
- FOKKEMA, D. W. e IBSCH, E.
 (1981) *Teorías de la literatura del siglo XX. Estructuralismo, Marxismo, Estética de la Recepción, Semiótica*, Madrid, Cátedra.
- JULIÁ, S.
 (1993) “¿La historia en crisis?”, *El País/Temas de nuestra época*, año VII, núm. 289, 29 de julio,

LE GOFF, J.

(1977) *Pensar la historia (Modernidad, presente, progreso)*, Barcelona, Paidós, 1991.

MARAVALL, J. A.

(1967) *Teoría del saber histórico*, Madrid, Revista de Occidente, tercera edición.

MATAMORO, B.

(1980) *Saber y literatura (Por una epistemología de la crítica literaria)*, Madrid, Ediciones de la Torre.

RODRÍGUEZ, J. C.

(1974) *Teoría e historia de la producción ideológica. I. Las primeras literaturas burguesas (siglo XVI)*, Madrid, Akal.

SCHMIDT, S. J.

(1980) *Fundamentos de la ciencia empírica de la literatura (El ámbito de actuación social LITERATURA)*. Madrid, Taurus, 1990.

TALENS, J.

(1994) "El lugar de la teoría de la literatura en la era del lenguaje electrónico", en VILLANUEVA, D. (coord.) (1994), *Curso de teoría de la literatura*, Madrid, Taurus, pp. 129-143.